

# MIS MUSAS <sup>(1)</sup>

Artística expresión de la belleza  
En lenguaje medido y cadencioso,  
Del que surge, brillante y diamantino,  
El verso cristalino,  
Tal es la poesía;  
Celeste don divino  
Lleno de elevación y de riqueza;  
Indefinible encanto  
De gracia, donosura y gentileza;  
Tesoro del decir augusto y santo.  
Ella difunde la verdad, realiza  
El bien y la virtud y—a su conjuro  
De maga—el corazón nos esclaviza.  
Ficción que a lo ideal remonta el vuelo  
Y en las puras regiones resplandece;  
Con su luz ilumina el triste suelo  
Y la tierra embellece;  
Con su radiante luz reveladora  
Que llena de fulgor los hemisferios,  
Es luna y sol y aurora  
Que aclara de la vida los misterios.  
Eres, Poesía, la mujer hermosa  
Arrullada en la cuna misteriosa  
De una feliz región desconocida,  
Más bella que el soñado paraíso;  
Eres la enamorada, la elegida  
Y porque Dios lo quiso,  
Por la del mundo cuesta dolorida,  
Gloriosa, dulce, amante,

(1) Poesía que obtuvo el Premio de Honor en Certamen literario celebrado en Cáceres.



Sembrando vas de flores  
 Los ásperos senderos de la vida  
 A fin de que el cansado caminante  
 Y el bardo peregrino,  
 No encuentren más que amores,  
 Ilusión y consuelo, paz y calma,  
 Si al cruzar ignorados el camino  
 Llevan—en su vivir—dolida el alma.

.....

Mirad, mirad cual llega  
 Y ved como se entrega  
 Temblando pudorosa  
 —Cual lo hiciera una virgen candorosa —  
 En brazos del poeta enamorado;  
 Oid como palpita  
 Y late acelerado  
 El corazón amante de Afrodita;  
 Gustad de la visión ultraterrena,  
 Ved cómo al beso de su labio ardiente  
 El bardo soñador, el fiel esposo.  
 Sonríe dulcemente;  
 Mirad como al abrazo deleitoso  
 —Tan puro, tan suave y amoroso  
 Que cautiva y encanta y enajena—  
 Surgiendo el pensamiento  
 En rica floración embriagadora,  
 Ofrece al mundo la fragante flora  
 Que aroma, con su esencia, el sentimiento.  
 ¡Glorioso viva y ensalzado sea  
 —De todos el primero—  
 El lírico cantor irreflexivo  
 Si con su pluma el corazón sondea,  
 Si en su mortal canción se copia vivo  
 Y nos entrega el alma con la idea!  
 ¿Hay algo más sincero  
 Que ofrendar, en artístico homenaje,  
 El alma del que canta

Poniendo el corazón en su lenguaje?  
 ¡Oh Musa compañera  
 Ven a mí compasiva! y hechicera  
 Recita la canción desconocida  
 Que te arrulló en los cielos,  
 Infúndeme esperanzas y consuelos,  
 Háblame de la vida... ¡de una vida  
 Sin lágrimas ni duelos!  
 Y en estrofas de célicos violines,  
 Exentas de impurezas terrenales,  
 Dulce como la miel de los panales,  
 Bellas como la flor de tus jardines,  
 Ardientes como notas de clarines  
 Y puras cual caricias maternas,  
 Vierte tu inspiración y el canto sea  
 Digno de quien lo inspira y quien lo lea.  
 .....  
 Flores de corazón y de poesía  
 Que en el jardín nacisteis del ensueño,  
 Mariposas de luz del alma mía,  
 Volad libres sin dueño.  
 Agitad vuestras alas de colores  
 Cruzando la extensión de Extremadura,  
 Visitad de Castilla la llanura,  
 Dejad valles y alcores,  
 Subid a la Montaña  
 Y embriagadas de luz y de perfumes  
 Llegando a los ingentes  
 Riscos de la gigante serranía,  
 Allá en la lejanía,  
 En lo más apartado de mi España,  
 En las costas que arrulla, besa y baña  
 El cantábrico mar con la bravía  
 Música de sus olas,  
 —Dolidas del sufrir del pecho mío—  
 Buscad a mi adorada madre ausente  
 Y poned cariñosas en su frente



El beso de pasión que yo le envió...  
 Decidla que por ella,  
 Aun más que soñador, pobre demente,  
 Aspiré a los laureles del torneo  
 Y náufrago me ví, por el deseo.  
 Del río presunción en la corriente.  
 Decidla que no lllore si mi estrella  
 No me alumbró en la bella  
 Hora del triunfo a que aspiré ambicioso,  
 Decidla que me adore,  
 Decidla que no lllore,  
 Que me envíe un abrazo cariñoso;  
 — Que es su querer hermoso  
 La gloria que desea y ambiciona  
 Mi alma enamorada—  
 Y decidla, también, que la corona  
 Que un día me cegó con sus destellos,  
 Há tiempo que la tengo conquistada;  
 ¡La tejió para mí con sus cabellos  
 Su mano idolatrada!...  
 Oro y plata hay en ella y he llorado  
 Al descifrar el símbolo que hierre...  
 ¡El oro es su pasión que nunca muere,  
 La plata, los dolores que la he dado!

† ENRIQUE MONTANCHEZ



## LA PALABRA

# inconsútil

A Un aprendiz de hablista.

La palabra *inconsútil* es muy bonita, y por eso, tentación irresistible frente a la ligereza atrevida que no se para en barras, ni tiene tiempo ni lo quiere (fiebre moderna) de aquilatar las cosas. Vieron la palabra; les gustó; oyeron otra, *sutil*, latín *subtilis*; fermentó su cabeza, y el *sútilis*, cosido, de *suo*, quedó como *sutil*, y hasta tratarán de corregir el acento queriendo que se diga *sútil*, ¡vaya sarta de disparates! ¡Tendrá mucho que ver el *no cosido*, *inconsútil*, con lo de *sutil*, *delicado*, *diáfano*, *transparente*! Señores: que nadie está autorizado para quitar y poner lo que se le antoje, sino a estudiar los casos.

La luminosa disertación de V. ya dice bastante a éstos, por ignorantes, desaprensivos, que todo lo ven llano, y a cada paso nos hieren el rostro con salidas parecidas que van siendo bien expuestas en su *crítica sin hiel*. Pero era menester llegar hasta el fin en hacer ver a estos enfermos lo lejos que están de la salud en que se creen; y así, desearía tuviera a bien hacer por publicar este mi trabajo en «Alcántara».

La túnica inconsútil era como el vestido nacional de los griegos. Los primitivos helenos no llevaban túnica, y sólo se ponían sobre las carnes el manto que era un paño rectangular más o menos grande; costumbre que siguieron practicando los filósofos, como más austeros, cuando ya se introdujo la túnica. Aquella tela o manto, doblada al medio y envolviendo el cuerpo, con broches en los hombros y dejando paso a la cabeza y los brazos, vino a ser la túnica dórica, quitón dorio o *túnica inconsutilis* pues no tenía costura ni aun hechura, como las jónicas. Ceñida a la cintura, dejaba caer sobre ésta graciosos bullones a uno y otro lado. Por un costado quedaba abierta de arriba abajo, razón por la cual las mujeres más pudorosas solían cerrar dichos bordes con varios broches. A veces también se cerraban los bordes superiores hasta casi el codo. Pero la de las mujeres tenía otra modalidad, cayendo con mucha elegancia, por delante y por detrás, hasta la cintura a modo de esclavina, y entonces se llamaba peplo, como la que ofrecían a la diosa Palas en la